

## DISCURSO DEL PRESIDENTE DE MEXICO, MIGUEL DE LA MADRID HURTADO, EN EL ACTO DE INSTALACION DE LA COMISION NACIONAL CONMEMORATIVA DEL V CENTENARIO DEL ENCUENTRO DE DOS MUNDOS

Señoras y señores:

La historia es obra directa de los pueblos. En ella expresan lo que son y también lo que desean ser. Es su memoria y su perfil. La historia revela la entereza y el empuje de las sociedades. Por eso, la instalación de la Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos constituye una oportunidad propicia para meditar acerca de nuestros orígenes pero, en forma simultánea, para proyectar el porvenir de nuestras naciones, lo mismo en América Latina que en la península ibérica.

Están próximos a cumplirse 500 años desde que la trayectoria de nuestros pueblos se vinculó en un proceso de aportes recíprocos. No fue, sin embargo, el espíritu de intercambio y colaboración el que animó en sus inicios a aquel encuentro. Fue, y debe decirse así, una empresa imperial que, bajo el triple signo de "la cruz, la espada y la corona", instauró leyes y estructuras que condicionaron el desarrollo de antiguas civilizaciones. Los pueblos conquistados sufrieron la cancelación de su cultura y sociedad, cuyo esplendor ahora reconocemos.

La supremacía del más fuerte era un axioma imperturbable. La utopía de los humanistas, que imaginaron a América como una recuperación del hombre, tuvo que ceder su lugar ante la consolidación de un imperio incommensurable, donde nunca se ponía el sol.

Pero en las sociedades humanas, cada etapa y cada sistema contienen sus elementos de cambio y de perfeccionamiento. De las ideas inamovibles surgió la fuerza de una nueva sociedad, fincada en el mestizaje y en una percepción clara de la nacionalidad. Desde Sor Juana y Carlos de Sigüenza hasta Clavijero, Alzate y Alegre, la nación aparecía como el centro de inflexión vital de los diversos grupos comunitarios.

En todos los rincones de América sucedía lo mismo. Nuestras naciones se encontraban en un proceso de gestación que era, en realidad, de afirmación e identidad. En un mundo de paradojas, del oscurantismo absolutista, de las encomiendas y los monopolios reales, nacieron los padres del derecho de gentes, quienes habrían de dar el impulso decisivo a un orden jurídico internacional. De la explotación del indio y del negro brotaron los defensores del alma nativa.

Vitoria y Suárez, Las Casas y Sahagún fueron y siguen siendo el símbolo de una lucha sencilla y al mismo

tiempo universal para hacer de la justicia un valor de dimensión humana. Su obra aún está fresca en el espíritu de nuestra época: siguen pidiendo a los poderosos que regulen sus actos de acuerdo con los principios esenciales de la convivencia, que predomine en el mundo la conciliación sobre la fuerza.

Con la Independencia nació un nuevo hombre en las tierras americanas. De las Cortes de Cádiz a los campos insurgentes fue ganando el reconocimiento a su razón. Con él se abrió paso un mundo sustentado en hondas raíces étnicas y culturales, en el que la auténtica novedad estaba en la amplitud y riqueza del porvenir. Por primera vez, los pueblos que siguieron a Hidalgo, Bolívar, Morelos y San Martín, surgidos de este trascendental encuentro, estaban en condiciones de enfrentar su propio destino. Al rechazar tutelajes, otorgaron verdadero alcance a la libre determinación.

Por lo que habían sido, y por lo que habían llegado a ser, reclamaron su lugar en el concierto de las naciones. Ya no colonias sino Estados libres, con un importante acervo de historia y cultura a sus espaldas. No llegaron a la arena internacional con las manos vacías ni con la frente sumisa. De aquel pasado de servidumbre no quedaba nada. De su presente hablaba, por el contrario, una inteligencia genuina, sustentada en experiencias milenarias.

En vísperas de cumplirse el V centenario de aquel encuentro, más fortuito que intencional, nuestras naciones enfrentan un escenario mundial complejo y adverso.

Se hace así impostergable la consolidación de los lazos históricos y culturales que unen a nuestros países entre sí y, a partir de ello, con sus moldes europeos. La colaboración iberoamericana, como una forma particularmente próxima de la cooperación internacional, adquiere perfiles definidos. Representa el ejercicio de una aspiración elemental de los pueblos y el medio idóneo para superar las limitaciones del orden mundial, favoreciendo nuevas vías al desarrollo independiente.

Esta cooperación ha de constituirse en un instrumento de acercamiento y, más aún, en el mecanismo de reencuentro con nuestras raíces comunes. Confrontamos duros tiempos que demandan modalidades imaginativas de diálogo y consulta en favor de la concertación iberoamericana. La democracia en nuestros países, para que sea fuerte e irreversible, debe afirmarse contra la crisis

en el terreno de la independencia y de la autodeterminación, no en la crítica mal intencionada ni en la imposición de modelos.

Ningún país puede vivir a plenitud si mira sólo hacia su pasado. Estaría renunciando a construir el porvenir. Tampoco puede especular en un vacío absoluto de tradiciones y de valores permanentes. Desde sus profundos orígenes, México siempre ha sido fiel a sí mismo, sin temor al cambio y la renovación. Sabe que en un mundo en transición no caben los fatalismos ni los destinos inalterables. A lo largo de su vida independiente ha rechazado con vigor el inmovilismo y la indiferencia, que atraen a la subordinación y, por ende, a la pérdida real de la soberanía.

Nuestro nacimiento como países dio inicio también a la definición de la personalidad social que hoy nos caracteriza. Repudiamos los hegemonismos porque los hemos padecido históricamente, buscamos la unidad y la integración porque están en nuestro horizonte, deseamos seguir siendo una cultura americana autónoma

y sin exclusivismos porque en ella se encuentra la clave de nuestra lealtad hacia el patrimonio y la herencia que recibimos de nuestros fundadores.

Somos naciones maduras, compartimos una misma aspiración democrática y libertaria. Hemos fraguado, en el quehacer político y en la creación cultural y científica, una importante comunicación y un irremplazable conocimiento recíproco. Consolidar y ampliar estos ámbitos, mediante una defensa clara y sin ambages de nuestra identidad, deberán ser responsabilidades sustantivas de la Comisión Nacional Conmemorativa del V Centenario, que hoy instalamos.

Hago votos porque su labor satisfaga plenamente las expectativas en ella depositadas y contribuya, con firmeza y perseverancia, a afianzar la cooperación y la amistad entre México y todos los pueblos iberoamericanos.

México, D.F., 17 de septiembre de 1986.